

CONFESIÓN EN UN DIARIO

Por **LYDIA HO**

LILIAN cerró su diario, pensativa, y lo colocó en el mismo rincón privado de la cómoda donde siempre lo guardaba.

Ya hacía un año que poseía ese libro de tapas duras. Lo tenía desde su graduación del octavo grado. Lo triste era, sin embargo, que rara vez escribía en él, a no ser en alguna ocasión excepcional, como ese día.

-Mejor que ahora me acueste -murmuró al abandonar su escritorio-. Se está haciendo tarde.

La verdad era que estaba cansada, muy cansada. Pero su cansancio era algo más que fatiga. Mientras se preparaba para acostarse sus pensamientos vagaban de una parte a otra. ¡Cuánto deseaba haber sido fuerte y valiente! Trataba de no preocuparse, pero no podía evitarlo. La escena de la clase de álgebra se le representaba de nuevo y la molestaba en la noche callada y tranquila.

Ese día la clase de álgebra había tenido una prueba escrita. El Sr. Low, que era el profesor de matemáticas y ciencia, les había repartido las pruebas. Luego les anunció que se ausentaría durante una hora.

-Por favor... -dijo, y se detuvo, echando una mirada escrutadora a la clase-; por favor, ¿tendrías tú Lilian la bondad de juntar las pruebas y llevarlas a mi oficina cuando todos hayan terminado?

Lilian vaciló por un instante y luego asintió un tanto incómoda, porque toda la clase se había vuelto para mirarla.

Y así salió el Sr. Low, dejando a la clase excitada y en desorden. Un murmullo corrió por el aula. ¿Por qué sería que el severo Sr. Low se iba y los dejaba solos para hacer la prueba? ¡Siempre se quedaba en el aula! ¡De veras que eso era extraño!

Pronto la clase se aquietó, pero de vez en cuando Lilian escuchaba cuchicheos que le molestaban. Echó una mirada a la prueba de dos páginas. Había unas veinte preguntas. Escribió su nombre y la información necesaria en el margen y luego se dispuso a trabajar con los números.

En conjunto la prueba no era demasiado difícil, pero ella no estaba segura de que sacaría una nota satisfactoria, porque había un par de preguntas que la hacían vacilar, las preguntas 13 y 19. Si tan sólo alguien le hiciera alguna sugerencia que le ayudara, sería completamente diferente.

Miró a su alrededor. Allí estaba Rut, su mejor amiga y la mejor alumna de la clase, procurando encontrar algo que hacer. Aparentemente ya había terminado el examen. ¡Cuánto deseaba Lilian saber las respuestas que Rut había obtenido en esos dos problemas! Trató de descubrirlas; pero, al darse cuenta de que la observaban se detuvo inmediatamente.

"¡Me doy por vencida!" murmuró

y puso las hojas boca abajo, se echó el lápiz al bolsillo, acomodó los libros, y esperó impaciente a que sonara la campana.

Esta tocó, y todos se apresuraron a salir del aula.

Lilian se dirigió al escritorio del profesor donde estaban todos los exámenes esparcidos. De pronto tuvo una idea. Ahora era el momento de ver las respuestas de Rut. Todos se habían ido. ¿Quién lo sabría? Pero, ¿debía hacerlo? Se quedó indecisa por un momento. Entonces, rehusando escuchar la voz de la conciencia, rápidamente buscó el papel de Rut, tomó un lápiz del escritorio, tachó las respuestas inseguras que tenía, copió las correctas, y salió.

El Sr. Low no estaba en la oficina cuando Lilian llevó los exámenes. De modo que los colocó dentro del libro de calificaciones, y salió para la casa.

Ahora estaba tendida en la cama, molesta, dándose vueltas y vueltas, recordando esos detalles desafortunados. Su conciencia la molestaba. Estaba muy angustiada, pero por fin se durmió.

El día amaneció claro y con un cielo azul. De pronto oyó que su madre estaba en la cocina. ¡Pobre mamá, qué ocupada estaba siempre! Lilian se tiró de la cama en seguida, se vistió rápidamente, y se



dirigió a la cocina para decirle que no tenía apetito, y luego salió para la escuela.

Mientras caminaba lentamente, la belleza y la frescura de los alrededores casi le hicieron olvidar sus dificultades. Le parecía que si la madre no hubiera enseñado en la misma escuela a la cual ella asistía, ésta le hubiera gustado más. Pero el hecho era que siempre había tenido que asistir a la misma escuela donde su madre enseñaba. Al llegar a las aulas, se dirigió a la de lenguaje, donde tendría su primera clase. Después siguió historia universal y luego música. Finalmente llegó álgebra.

Lilian se sentó al lado de la ventana. Reconocía que no tenía deseos de conversar. Pronto entró el Sr. Low, con paso firme, como siempre. Se acercó al frente, sacó de su bolsillo una hojita de papel, la desdobló, y la colocó sobre el escritorio. Nadie estaba lo suficientemente cerca como para ver lo que había escrito en esa hojita, pero muy pronto todos se enteraron de qué se trataba. Y enseguida se vio que ese día el Sr. Low no planeaba enseñar álgebra pues según dijo, tenía un asunto importante que arreglar:

el comportamiento de la clase durante el examen del día anterior. Dijo que no habían sido honrados; que habían discutido los problemas entre sí; que habían copiado, comparando las respuestas, traicionando así la confianza que había depositado en ellos, pensando que nunca los descubriría. Pero que estaban completamente equivocados, porque Cuando examinó los papeles descubrió que más de las cuatro quintas partes de la clase tenían respuestas idénticas erróneas.

"Si Uds. vienen a la escuela solamente para obtener una buena nota -continuó-, están buscando algo equivocado. Si vienen aquí para aprender, para educarse, para desarrollar su capacidad de distinguir entre lo bueno y lo malo, entonces están haciendo lo que deben hacer. No obstante, el incidente de ayer es decepcionante". Estaba visiblemente excitado; le temblaba la voz; permaneció de pie bien erguido delante de la clase. Lilian, muy perturbada, pretendía mirar por la ventana. Parecía que cada una de esas observaciones iba dirigida directamente a ella. Era una engañadora. Se sintió avergonzada.

Reinaba un silencio general. Los alumnos se sentían muy incómodos y miraban a su alrededor mientras el Sr. Low hablaba. Declaró que despreciaba la falta de honradez, que a las personas había que mostrarles su falta para que se sintieran avergonzadas. Dijo que ahora escucharía, y que cada uno contara en presencia de la clase lo que había hecho.

Después de cierta vacilación, David se puso de pie. Dijo que había discutido varios problemas con Jorge, su compañero de asiento, y que no debía haberlo hecho.

Luego habló Julia. No estaba segura si había copiado o no. Su falta consistía en haber copiado las respuestas, pero antes de entregar el papel, las borró.

-Sí, Julia, tengo tu nombre aquí -la interrumpió el Sr. Low, deslizando su dedo por el misterioso papel que estaba sobre el escritorio. Era una lista negra.

Uno por uno de los alumnos se fueron parando y dijeron brevemente lo que habían hecho, y el profesor fue tildando sus nombres.

Durante los intervalos, Lilian procuró mantener sus ojos ocupados, mirando por la ventana.

No se animaba a mirar al Sr. Low, ni a ningún otro. No iba a decir nada. ¿Qué pensaría la clase de ella, la hija de un miembro del personal docente, si descubría que había copiado? Se esperaba que fuera un ejemplo. ¿Qué pensaría Rut? Nunca más querría ser su amiga.

En eso oyó que el Sr. Low decía:

-Esta es la última oportunidad que les doy. El que tenga que hablar que lo haga ahora, si quiere hacerlo. No estoy tratando de obligar a nadie a que confiese, pero si alguien tiene la osadía de engañar, debe tener la valentía de arreglar lo que ha hecho.

Allí estaba, de pie, cambiando un pedazo de tiza de una mano a otra. Los alumnos miraron a su alrededor preguntándose de quién estaría hablando.

Lilian se mordió los dedos y se quedó sentada en la silla. No se levantó. Aunque nadie la miró, su actitud no pasó inadvertida para el Sr. Low, quien sonrió. Pensó que Lilian era una niña terca, débil y rebelde, pero no mala.

En eso sonó la campana. La clase salió. Había pasado el peligro para Lilian; se sintió aliviada. No obstante comenzó a experimentar un doble sentimiento de culpabilidad. Fue la única que quedó en su asiento, repasando todavía en su mente todo lo que había ocurrido el día anterior.

Había comparado sus respuestas con las de Rut. Eso no era honrado, y ella lo sabía. Entonces, ¿por qué no decía todo?

Su actitud hacia la confesión comenzó a cambiar. Indudablemente el Espíritu Santo estaba obrando en

su corazón. Con la esperanza de que su decisión no llegara demasiado tarde, se levantó de su asiento. Iría y se lo contaría al Sr. Low.

En su oficina le relató tartamudeando su mala acción, su lucha y su sentimiento de culpabilidad. Cuando salió de la oficina en sus oídos repercutían las palabras del Sr. Low: "Me alegro de que hayas venido, Lilian. Tu honor ha sido restaurado; tu nombre será borrado de este papel".

En ese momento experimentó la dulce satisfacción de tener el pecado perdonado. Era una sensación de gozo que la abrumaba. Era lo mejor que jamás hubiera experimentado. Esa noche tendría algo realmente bueno que añadir a su diario.